

TRABAJO FINAL

“¿Cómo se tensionan las prácticas evaluativas tradicionales en contextos educativos diversos y qué desafíos se presentan para la construcción de una evaluación formativa e inclusiva?”

PROFESORADO NIVEL MEDIO Y UNIVERSITARIO

ALUMNA: ELIANA GODOY

DOCENTE: CRISTIAN SECUL GIUSTI

2026

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, los contextos educativos se caracterizan por una creciente diversidad sociocultural, económica y pedagógica, que plantea desafíos constantes a la tarea docente. Las aulas ya no pueden pensarse como espacios homogéneos, sino como escenarios en los que conviven distintas trayectorias escolares, ritmos de aprendizaje y modos de apropiarse del conocimiento. Esta heterogeneidad interpela de manera directa las prácticas de enseñanza y obliga a revisar supuestos tradicionales acerca de cómo se aprende y cómo se enseña.

En este escenario, la evaluación de los aprendizajes ocupa un lugar central, ya que se trata de una práctica pedagógica que tiene un impacto directo en las trayectorias educativas de los estudiantes. Las decisiones evaluativas no solo influyen en la acreditación de saberes, sino también en la construcción de subjetividades escolares, en el reconocimiento de los logros y en la posibilidad de sostener recorridos educativos continuos. Sin embargo, las modalidades de evaluación tradicionalmente utilizadas, centradas principalmente en la medición de resultados y en la aplicación de criterios uniformes, suelen entrar en tensión cuando se aplican en contextos educativos diversos, ya que no siempre logran dar cuenta de la complejidad de los procesos de aprendizaje.

Es importante aclarar a qué se hace referencia cuando hablamos de contextos educativos diversos en el marco de éste trabajo. La noción de diversidad no se limita únicamente a las diferencias individuales entre los estudiantes, sino que contempla un entramado más amplio de condiciones sociales, culturales, económicas e institucionales que atraviesan la experiencia educativa y configuran las prácticas de enseñanza y de evaluación. Estas dimensiones influyen en las trayectorias escolares, en los modos de aprender y en las posibilidades de acceso al conocimiento, y deben ser consideradas al momento de analizar las prácticas evaluativas en el aula.

Estas tensiones se vuelven especialmente significativas cuando la evaluación se asocia de manera excluyente a la calificación y a la comparación de desempeños, dejando en un segundo plano el acompañamiento de los procesos y la consideración de las diferencias. En contextos educativos diversos, este tipo de prácticas puede contribuir a la invisibilización de los recorridos individuales y a la reproducción de desigualdades existentes, lo que plantea interrogantes acerca del

sentido pedagógico de evaluar y del rol docente en la construcción de propuestas más inclusivas.

A partir de esta problemática, el presente trabajo se propone analizar las prácticas evaluativas desde un abordaje teórico, con el propósito de reflexionar sobre la evaluación entendida como un proceso formativo e inclusivo. Para ello, se retoman aportes de autores trabajados a lo largo de la formación docente, poniendo en diálogo diferentes enfoques pedagógicos que permiten repensar el sentido de evaluar en la escuela actual. En este recorrido, se busca problematizar las tensiones presentes en las prácticas evaluativas tradicionales y explorar alternativas que contribuyan a una evaluación más atenta a la diversidad de los contextos educativos.

DESARROLLO

1. EL AULA COMO ESPACIO COMPLEJO Y DIVERSO

En los contextos educativos actuales, el aula puede pensarse como un espacio atravesado por múltiples factores que influyen en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Ya no es posible considerar al aula como un ámbito uniforme, donde todos los estudiantes aprenden del mismo modo y al mismo ritmo. Por el contrario, en cada grupo conviven trayectorias escolares diferentes, experiencias previas diversas y múltiples formas de vincularse con el conocimiento, lo que plantea desafíos permanentes a la tarea docente.

Hablar de contextos educativos diversos implica reconocer que la diversidad no se limita únicamente a las características individuales de los estudiantes. Siguiendo a Souto, la clase escolar puede entenderse como un espacio complejo en el que se entrecruzan dimensiones sociales, culturales, institucionales y pedagógicas. Esta mirada permite comprender que lo que ocurre en el aula no responde a una sola causa, sino a un entramado de situaciones que se influyen mutuamente.

Desde esta perspectiva, la diversidad se presenta como una condición propia de los contextos educativos actuales y no como una excepción. Los estudiantes llegan al aula con recorridos educativos distintos, con experiencias escolares previas desiguales y con diferentes posibilidades de acceso al conocimiento. Estas diferencias se manifiestan en los modos de aprender, en los tiempos que requieren los procesos y en las formas de participar en las propuestas de enseñanza.

Tal como señala Davini, la tarea docente se desarrolla en contextos sociales y culturales que cambian permanentemente y que influyen en las decisiones pedagógicas que se toman en el aula. Enseñar en un aula diversa implica reconocer estas condiciones y asumir que no siempre es posible aplicar propuestas homogéneas sin que se generen tensiones. Esta situación se vuelve especialmente visible en el momento de evaluar, ya que las prácticas evaluativas suelen estar más ligadas a tradiciones escolares que a las realidades concretas de los estudiantes.

Pensar el aula como un espacio complejo implica, entonces, revisar las formas en que se evalúa. Las propuestas evaluativas basadas en criterios únicos o en resultados finales tienden a dejar de lado los procesos que los estudiantes realizan a lo largo del tiempo. En contextos educativos diversos, estas prácticas pueden dificultar el reconocimiento de los avances y de las distintas maneras de aprender.

Desde esta mirada, evaluar en aulas diversas supone asumir una postura pedagógica que contemple la heterogeneidad como punto de partida. Esto implica interrogar las prácticas evaluativas tradicionales y preguntarse por el sentido de evaluar en una escuela en la que la diversidad atraviesa todas las dimensiones de la enseñanza. De este modo, la evaluación puede pensarse como una herramienta que, lejos de homogeneizar, permita acompañar los procesos de aprendizaje de manera más justa e inclusiva.

La evaluación es una de las dimensiones centrales de la práctica docente, ya que se encuentra directamente relacionada con las decisiones que se toman a lo largo del proceso de enseñanza. Evaluar no es simplemente poner una nota o cerrar un tema, sino que implica definir qué se considera importante aprender, cómo se va a valorar ese aprendizaje y con qué finalidad. Estas decisiones forman parte de la tarea cotidiana del docente y reflejan determinadas concepciones sobre el enseñar y el aprender.

Desde los aportes de Litwin, la evaluación puede pensarse como parte de una propuesta de enseñanza más amplia, en la que se articulan los objetivos, los contenidos, las estrategias y las actividades que se desarrollan en el aula. En este sentido, evaluar no es una instancia separada del proceso de enseñanza, sino una práctica que se construye en coherencia con lo que se propone enseñar. Las formas de evaluar, además, transmiten a los estudiantes qué aprendizajes se valoran y cuáles son las expectativas que se tienen sobre su desempeño.

En muchas situaciones escolares, la evaluación aparece asociada principalmente a la calificación y a la acreditación de los saberes. Estas formas de evaluar, sostenidas por tradiciones escolares y normas institucionales, tienden a centrarse en los resultados finales y dejan en un segundo plano los procesos que los estudiantes transitan para aprender. Cuando esto ocurre, la evaluación corre el riesgo de transformarse en una práctica rutinaria, que no siempre aporta información relevante para mejorar la enseñanza.

Pensar la evaluación sólo como una instancia de medición resulta especialmente problemático en contextos educativos diversos. Al focalizarse únicamente en el resultado, se pierde de vista que los estudiantes recorren caminos distintos para aprender y que no todos parten de las mismas condiciones. En estos casos, la evaluación puede reforzar desigualdades en lugar de acompañar los aprendizajes, y

funcionar más como un mecanismo de clasificación que como una herramienta pedagógica.

Desde esta mirada, la evaluación cobra un sentido diferente cuando se integra al proceso de enseñanza y se orienta a acompañar los aprendizajes. Evaluar implica observar lo que ocurre en el aula, interpretar las producciones de los estudiantes y tomar decisiones que permitan ajustar las propuestas de enseñanza. De este modo, la evaluación deja de ser solo un cierre para convertirse en una herramienta que ayuda a pensar cómo y qué se está enseñando.

Esta concepción invita a revisar las prácticas evaluativas tradicionales y a reflexionar sobre su impacto en las trayectorias educativas de los estudiantes. Repensar la evaluación como una dimensión central de la práctica docente supone asumir el desafío de construir propuestas más flexibles, que contemplen la diversidad del aula y aporten a una enseñanza más justa e inclusiva.

2. LA EVALUACIÓN COMO DIMENSIÓN DE LA PRÁCTICA DOCENTE

La evaluación constituye una de las dimensiones centrales de la práctica docente, ya que se encuentra directamente ligada a las decisiones pedagógicas que se toman a lo largo del proceso de enseñanza. Evaluar no es solo un momento final ni una acción aislada, sino una práctica que atraviesa la propuesta pedagógica en su conjunto. Al evaluar, el docente define qué aprendizajes considera valiosos, de qué manera va a reconocerlos y con qué finalidad, lo que pone de manifiesto determinadas formas de entender la enseñanza y el aprendizaje.

Desde los aportes de Litwin, la evaluación puede pensarse como parte de una propuesta de enseñanza más amplia, en la que se articulan los objetivos, los contenidos, las estrategias de enseñanza y las actividades que se desarrollan en el aula. Desde esta mirada, las prácticas evaluativas no son neutras, sino que están vinculadas a las concepciones que el docente sostiene acerca del aprendizaje y del rol que asume en el proceso educativo. Evaluar, entonces, forma parte de una misma lógica que enseñar.

En muchas situaciones escolares, la evaluación aparece asociada principalmente a la acreditación o a la calificación de los aprendizajes. Cuando esto sucede, se corre el riesgo de reducir la evaluación a la medición de resultados finales, dejando de lado los procesos que los estudiantes construyen a lo largo del tiempo. En contextos educativos diversos, esta forma de evaluar puede resultar limitada, ya que no

contempla las distintas maneras en que los estudiantes se apropian del conocimiento ni los recorridos que realizan para aprender.

Desde esta perspectiva, la evaluación cobra un sentido diferente cuando se integra al proceso de enseñanza y se orienta a acompañar los aprendizajes. Evaluar implica observar lo que ocurre en el aula, interpretar las producciones de los estudiantes y tomar decisiones que permitan ajustar las propuestas de enseñanza. Esta concepción invita a revisar las prácticas evaluativas tradicionales y a reflexionar sobre su impacto en las trayectorias educativas, especialmente en contextos donde la diversidad atraviesa la experiencia escolar.

3. TENSIONES EN LAS PRÁCTICAS EVALUATIVAS TRADICIONALES

Las prácticas evaluativas tradicionales suelen estar atravesadas por una lógica centrada en la homogeneización de criterios y en la comparación de resultados. Según Perrenoud, la evaluación se mueve entre dos lógicas: una orientada a la producción de la excelencia y otra enfocada en la regulación de los aprendizajes. Esta tensión resulta especialmente visible en contextos educativos diversos, donde los estudiantes no parten de las mismas condiciones ni disponen de los mismos recursos para aprender.

La lógica de la excelencia concibe la evaluación como un instrumento de selección y clasificación, priorizando el rendimiento y el resultado final. En este marco, las diferencias entre los estudiantes suelen interpretarse como déficit individuales, sin considerar el contexto ni los procesos de aprendizaje. Este enfoque presenta claras limitaciones, ya que puede reforzar desigualdades existentes y generar trayectorias escolares interrumpidas o fragmentadas.

Por otro lado, Perrenoud propone una evaluación orientada a la regulación de los aprendizajes, que permita intervenir pedagógicamente a partir de las dificultades y avances que se detectan. Sin embargo, esta perspectiva también plantea desafíos, ya que supone revisar prácticas arraigadas, tiempos institucionales y criterios de evaluación que muchas veces responden a modelos tradicionales.

Estas tensiones ponen de manifiesto la necesidad de repensar el sentido de evaluar en la escuela actual, especialmente en contextos educativos diversos, donde una evaluación estandarizada resulta insuficiente para dar cuenta de la complejidad de los procesos de aprendizaje.

4. LA EVALUACIÓN FORMATIVA COMO POSIBILIDAD EN CONTEXTOS EDUCATIVOS DIVERSOS

Desde una mirada de evaluación formativa, Anijovich propone pensar la evaluación como una práctica que acompaña los procesos de aprendizaje y no solo como una instancia de control. Evaluar, desde este enfoque, implica generar momentos de retroalimentación que ayuden a los estudiantes a reconocer qué están aprendiendo, en qué aspectos avanzan y qué necesitan mejorar. Esta forma de evaluar resulta especialmente relevante en contextos educativos diversos, donde los estudiantes no aprenden de la misma manera ni al mismo ritmo.

La evaluación formativa permite prestar atención a los distintos recorridos que cada estudiante realiza a lo largo del proceso de aprendizaje. Reconocer estos recorridos implica aceptar que los aprendizajes no se construyen de forma lineal ni uniforme, y que los avances pueden darse de maneras diferentes. En aulas atravesadas por la diversidad, este enfoque ofrece la posibilidad de valorar el progreso sin recurrir únicamente a la comparación de resultados entre estudiantes.

Esta perspectiva se vincula con la idea de regulación de los aprendizajes desarrollada por Perrenoud, en tanto la evaluación se entiende como una herramienta que permite ajustar la enseñanza a partir de lo que sucede en el aula. La retroalimentación ocupa un lugar central, ya que no solo brinda información a los estudiantes, sino que también permite al docente revisar sus propuestas y tomar decisiones para acompañar mejor los procesos de aprendizaje. En este sentido, evaluar no supone cerrar un recorrido, sino abrir nuevas oportunidades para seguir aprendiendo.

Sin embargo, llevar adelante prácticas de evaluación formativa también implica enfrentar ciertos desafíos. Revisar las formas tradicionales de evaluar supone repensar el lugar del docente, que deja de cumplir únicamente la función de calificar para asumir un rol más vinculado al acompañamiento y la orientación. Este cambio puede generar tensiones, ya que muchas veces las prácticas evaluativas están fuertemente arraigadas en la cultura escolar.

Además, sostener una evaluación que acompañe los procesos requiere tiempo y condiciones institucionales que no siempre se encuentran disponibles. Las exigencias curriculares, los tiempos escolares y las demandas de acreditación pueden dificultar el seguimiento continuo de los aprendizajes. Estas limitaciones

muestran que la evaluación formativa no es una solución rápida, sino una propuesta que se construye de manera gradual y situada.

Repensar las prácticas evaluativas en contextos educativos diversos no implica ofrecer respuestas cerradas, sino habilitar espacios de reflexión sobre el sentido de evaluar y sobre el impacto que estas decisiones tienen en las trayectorias educativas de los estudiantes. Desde esta mirada, la evaluación formativa se presenta como una posibilidad para construir prácticas más justas, siempre que se entienda como un proceso en constante revisión.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se buscó pensar la evaluación como una parte central de la tarea docente, estrechamente ligada a las decisiones que se toman todos los días en el aula. Partir de la idea de que los contextos educativos actuales son diversos permitió revisar las formas tradicionales de evaluar y preguntarse por el sentido que tiene la evaluación en la escuela de hoy.

Desde los aportes teóricos trabajados, se pudo reconocer que la evaluación no es una práctica neutra ni aislada, sino que forma parte de una propuesta de enseñanza más amplia. Las decisiones que se toman al evaluar muestran qué aprendizajes se consideran importantes y qué lugar se les da a los estudiantes dentro del proceso educativo. En este sentido, evaluar no es solo medir resultados, sino también intervenir en las trayectorias educativas.

Al analizar las prácticas evaluativas tradicionales, aparecieron tensiones claras cuando se sostienen criterios iguales para estudiantes que aprenden en condiciones muy distintas. Cuando la evaluación se centra únicamente en la calificación o en la comparación de resultados, muchas veces deja de lado los procesos y puede reforzar desigualdades que ya existen. Esto invita a cuestionar prácticas que están muy naturalizadas en la escuela, pero que no siempre acompañan los aprendizajes.

La elección de esta temática también se relaciona con los momentos que atraviesa la escuela en la actualidad, donde muchos niños y niñas se encuentran en contextos de vulnerabilidad social. Estas realidades plantean desafíos concretos para el trabajo docente y hacen necesario revisar las formas de enseñar, pero sobre todo las maneras de evaluar. En estos contextos, la evaluación puede convertirse en una

oportunidad para acompañar los aprendizajes o, por el contrario, en un obstáculo que dificulte la continuidad de las trayectorias escolares.

En este marco, la evaluación formativa aparece como una alternativa posible para pensar la evaluación desde un lugar más cercano a los procesos. Entender la evaluación como una práctica que acompaña, orienta y permite ajustar la enseñanza ayuda a recuperar su sentido pedagógico. Al mismo tiempo, también se reconocen las dificultades que implica sostener este tipo de prácticas, ya que requieren tiempo, condiciones institucionales y la revisión de formas de evaluar muy arraigadas.

Repensar la evaluación no implica encontrar respuestas cerradas ni aplicar recetas, sino abrir espacios de reflexión sobre las decisiones que se toman en el aula y sobre el impacto que estas tienen en los estudiantes. Pensar cómo evaluar en contextos educativos diversos es, en definitiva, una forma de asumir la responsabilidad docente y de seguir construyendo prácticas más justas, que acompañen los aprendizajes y reconozcan la diversidad como parte de la realidad escolar.

BIBLIOGRAFÍA

- Anijovich, R. (2010). La evaluación significativa. Paidós.
- Davini, M. C. (2010). La formación docente en cuestión: política y pedagogía. Paidós.
- Litwin, E. (2022). El oficio de enseñar: condiciones y contextos. Tilde editora.
- Perrenoud, P. (2008). La evaluación de los alumnos. De la producción de la excelencia a la regulación de los aprendizajes. Entre dos lógicas, Buenos Aires, Colihue.
- Souto, M. (2010). La clase escolar: Una mirada desde la formación docente. Buenos Aires: Noveduc.